

Bienvenida al Dr. Plutarco Naranjo

Dr. Jorge Salvador Lara

Discurso en la Academia de Historia, el 14 de Abril de 1977.

Es motivo de satisfacción para la Academia Nacional de Historia recibir en este día como Miembro correspondiente a uno de los más destacados científicos nacionales, el señor doctor don Plutarco Naranjo Vargas, a quien me es grato dar la bienvenida.

El nombre del doctor Naranjo es ampliamente conocido y respetado en todos los círculos culturales del país y en los más destacados centros científicos del mundo.

Graduado con laureles primero en el Colegio Bolívar de Ambato y luego en la Universidad Central del Ecuador, donde obtuvo el título de Doctor en Medicina, con una importante tesis de investigación botánica y clínica intitulada "Pólenes Alergénicos del Ecuador", el doctor Naranjo ha realizado también estudios de post-grado en Estados Unidos, México e Italia, los cuales, unidos a su permanente vocación por el trabajo intelectual y la investigación le han permitido desempeñar altas e importantes funciones en la vida docente y pública del país, tales como Profesor de Farmacología y Terapéutica de la Facultad de Medicina de Quito y de la Universidad del Valle en Cali, Profesor de Métodos de Investigación Científica de los Laboratorios LIFE de Quito, Director General de los Servicios Médicos del Seguro Social Ecuatoriano y Presidente del VIII Congreso Médico Nacional.

Su asidua dedicación a la ciencia y sus numerosas publicaciones sobre diversos temas de su especialidad le han valido el reconocimiento hemisférico y aun mundial, al punto de haber sido designado, en importantes certámenes internacionales, Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Farmacología y Terapéutica, Presidente de la Sociedad Latinoamericana de Alergiología y Vicepresidente de la Sociedad Mundial de Alergia e Inmunología, a más de haber sido incorporado a prestigiosas entidades científicas y culturales del país y del extranjero.

Autoridad de prestigio universal en los campos relativos a la Alergia, a la Inmunología, a la Farmacología y a la Terapéutica, es en estas ramas en donde la obra del doctor Naranjo como científico y publicista se ha destacado más. Pero en las rutas de su continua búsqueda, por

necesidad se ha aproximado a otras parcelas del saber científico, tales como la Botánica, en la que probablemente es uno de los más profundos conocedores, a tal punto que ha realizado mediante la recopilación de todos los trabajos anteriores y su confrontamiento con los suyos propios, la Taxonomía completa de la flora ecuatoriana; pero también la Zoología. El uso correcto del idioma le ha permitido transitar por los campos de la Literatura y a través de unos y otros caminos ha desembocado en el mar de la Historia, siempre con una honda preocupación por el hombre.

La investigación sobre la flora en su relación con los pobladores ecuatorianos, particularmente campesinos y aborígenes, le ha llevado al estudio sugestivo de las plantas utilizadas por el empirismo indígena para el tratamiento de enfermedades, o que han sido utilizadas en sus prácticas mágicas y rituales, tales como la quinina, el curare, la ayahuasca, la coca, la guayusa, el huántug, el shanshi, etc., etc. Su bibliografía al respecto es muy amplia y altamente sugestiva tanto en revistas científicas especializadas cuanto en folletos y aún en libros.

Dicho sea de paso, el índice bibliográfico del doctor Naranjo abarca ya 17 libros y folletos científicos; 8 libros y folletos literarios e históricos; 4 otras publicaciones literarias en revistas; 14 otras publicaciones de carácter médico, y 165 artículos y monografías en revistas del alta especialización.

Las alergias, rama de su más profunda especialidad, y las alucinaciones han sido particularmente tratadas en varios de sus títulos bibliográficos, siempre en relación con el hombre ecuatoriano y con su territorio, lo que le ha llevado también a estudiar con acierto varios aspectos de la geografía.

Admirador profundo de Juan Montalvo, el país le debe dos publicaciones fundamentales e imprescindibles, la intitulada "Juan Montalvo, estudio bibliográfico", en dos volúmenes, publicados por la Casa de la Cultura Ecuatoriana y re—editados por Cajica en México, y la primera edición completa de la obra de Roberto Andrade, sobre "Montalvo y García Moreno", en dos volúmenes, editada por Cajica, obra indispensable para el conocimiento del Ecuador del siglo pasado, no obstante el apasionamiento propio de quien escribe un alegato para tratar de justificar su participación dramática en la muerte del Presidente García Moreno, uno de los grandes constructores del Ecuador.

Merece destacarse que el doctor Naranjo en sus investigaciones sobre las enfermedades vernáculas y la farmacopea aborígen se ha visto obligado a estudiar ampliamente diversos aspectos de antropología ecuatoriana, tanto cultural y social como de etnografía y arqueología. Sus aportaciones sobre piezas cerámicas teratológicas pertenecientes a los antiguos pobladores del Ecuador son importantes.

Precisamente estos estudios, así como los relacionados con la historia de Montalvo y su época, han llevado a la Academia Nacional de Historia a incorporar al doctor Plutarco Naranjo entre sus Académicos correspondientes.

El discurso que vamos a oír, con el que toma posesión de su curul, es de una significativa importancia, pues reivindica para el Ecuador la figura de un valor aborígen que dio a la Patria una de sus más preciadas glorias, la de haber contribuido a la salud de la humanidad con el uso de la quinina. El cacique de Malacatos, don Pedro Leiva, tras el trabajo del doctor Naranjo, pasa a convertirse en una figura histórica, por encima de las leyendas, rescatada de la tradición y agregada al friso de nuestros grandes hombres.

No nos queda sino felicitar al nuevo Académico, a quien la Patria ha confiado una nueva y delicada misión, la de Embajador en la Unión Soviética. Si fue para mí, esta mañana, motivo de satisfacción, como Ministro de Relaciones Exteriores, en una sencilla pero trascendente ceremonia en los salones de la Cancillería, con asistencia de Ministros de Estado, ex—Cancilleres y Embajadores de países amigos, darle la despedida, pues partirá en breve a la ciudad de Moscú, me es ahora igualmente honroso, como Académico de la Historia y cumpliendo el cometido que me confiara el señor Director de la Academia don Carlos Manuel Larrea, decir estas breves palabras para, en nombre de todos los colegas, darle la bienvenida a la Academia, que se beneficiará de hoy en adelante con los nuevos y profundos trabajos de investigación del novel colega, que honra a esta ya antigua corporación.

Pedro Leiva un Ecuatoriano Benefactor de la Humanidad

DISCURSO DE INCORPORACION DEL DR. PLUTARCO NARANJO COMO ACADEMICO CORRESPONDIENTE

Señores:

El incorporarme a esta docta Academia de Historia, en calidad de Miembro Correspondiente, constituye para mí un honor muy grande, es cierto, pero sobre todo un honor raro y para mis adentros diría quizá paradójico. Si miro retrospectivamente a mis años de escolar y colegial, nunca habría pensado en este milagro. Debo confesar, con franqueza, que por aquel entonces la Historia era para mí, la asignatura más aburrida, pesada y antipática. Cómo comparar, por ejemplo, con la Geografía o las Ciencias Naturales, que me eran tan gratas. Muchos años transcurrieron hasta cuando descubrí, con asombro, que no era la Historia la aburrida y antipática, sino la forma como se enseñaba y tal vez se sigue aún enseñando. Una sucesión hasta inconexa de hechos, nombres raros y fechas confundibles, tanto que el mismo profesor tenía que llevarlas anotadas en un papelito que miraba subrepticamente ante nuestra burlona sonrisa. ¡No obstante nosotros debíamos aprendernos de memoria esos nombres y esas fechas! ¡Qué aburrimiento, qué tortura!

Pero la Historia no es eso precisamente. La Historia es ese viaje fascinante del hombre a través del tiempo y de las incógnitas. La Historia es esa maravillosa aventura del hombre que sale de las cavernas para elevarse al espacio sideral gracias a los modernos cohetes. La Historia es el raudo vuelo del espíritu, del invento de la escritura, del desarrollo de las ciencias y la técnica, del perfeccionamiento de la cultura. Historia es también la claudicación del hombre. Su barbarie convertida en nombre de dominio y avasallamiento de unos hombres a otros hombres.

Nada se escapa a la historia y en ella se bañan las ciencias, la tecnología y todas las creaciones del espíritu. Por eso Alfonso Reyes decía: "Sólo los espíritus cargados de pasado son ricos de porvenir". Hay que ir a las fuentes históricas cuando queremos descifrar el presente o proyectarnos hacia el futuro, lo mismo en las matemáticas, que en la química, lo mismo en el arte que en la Medicina. Fue precisamente la cien-

cia, la medicina, la que me condujo hacia la Historia, hacia esa historia que es deleite del espíritu, que le abre a la mente horizontes insospechados que le presenta la ciencia, el conocimiento humano, el propio tránsito de la humanidad por el espacio y el tiempo, como algo orgánico, causal, casi determinístico.

Desde entonces he deambulado, con gran entusiasmo sí, pero aún con poco aporte, por el camino de la Historia, de su investigación. Tengo para mí que no es la tarea que he realizado hasta hoy, cuanto la benevolencia de los distinguidos miembros de la Academia lo que ha permitido que fuese invitado a participar en este ilustrado cenáculo. Agradezco a la Academia, en la persona de su Presidente, el ilustre polígrafo e investigador, Don Carlos Manuel Larrea, por recibirme esta noche como a uno de sus nuevos miembros. Agradezco de modo especial al destacado miembro de número, Dr. Jorge Salvador Lara, quien a pesar de sus grandes y múltiples responsabilidades como Canciller de la República, se ha dignado tomar a su cargo el discurso de bienvenida al nuevo miembro. Para mí, si el ser recibido por la Academia es ya un alto honor, éste sube de grado, cuando es el Dr. Jorge Salvador Lara, uno de los más elocuentes oradores del país, investigador serio y proficuo y uno de los más conspicuos miembros de esta corporación, quien en nombre de ella, me da la mano de bienvenida. Gracias dilecto amigo.

★ ○ ★

Desde el Continente Negro y en época inmemorial se difundió a la Europa mediterránea, al Cercano Oriente y luego al Asia una terrible y misteriosa enfermedad. No mataba en pocos días como otras, no se propagaba tan rápidamente como otras, pero los enfermos parecía que estuviesen sometidos a las penas del infierno. Sentían un frío que calaba hasta el espíritu, nada les abrigaba y cuando parecía que las mandíbulas se les iban a destrozar tanto dar diente con diente, cuando parecía que un misterioso frío glacial iba a congelar la vida comenzaban los pacientes a sentir calor, hasta agradable, por un momento, pero que pronto se tornaría en peor tormento que el primero. Pronto el paciente comenzaría a sentir el suplicio del fuego, de las llamas. Nada aplacaba ese incendio humano y esa sed devoradora. El tormento, cual demonio que se solazaba en retornar con regularidad, volvía a sacudir al paciente cada dos días y en otros casos cada tres. Pero después de unas semanas ya no era sólo el tormento del frío y del fuego, era también el agotamiento, la lenta consunción por largo período, hasta que por fin el paciente sucumbía o por el contrario como si la medida del escarnio se hubiese completado, la pobre víctima comenzaba la prolongada y azarosa recuperación. La enfermedad, desde el comienzo, cobró un alto tributo de vidas.

Hipócrates, el gran médico griego del siglo VI A. de C. clasificó las fiebres en cotidianas, tercianas y cuartanas. Desde entonces las fiebres fueron catalogadas en una de estas categorías, hasta que

traron que los médicos herbolarios aborígenes tenían grandes conocimientos sobre el uso medicinal de muchas plantas que obraban maravillas. Muy pronto los galeones transportaban hacia España no ya lingotes de oro y plata sino toneladas de plantas medicinales que se vendían al precio de oro. Toneladas de zarzaparrilla, de palo santo, de bálsamo del Perú y sobre todo de la famosa cascarilla. El padre José de Acosta, uno de los primeros y más célebres historiadores del Nuevo Mundo dice: "Sólo diré que en tiempo de los reyes ingas del Cuzco y de los reyes mexicanos, hubo muchos grandes hombres en el arte de curar con simples y hacían curas aventajadas, por tener conocimiento de diversas virtudes y propiedades de yerbas y raíces, palos y plantas que allá se dan y de las cuales ninguna noticia tuvieron los antiguos de Europa". ★ Es lástima que Fray José de Acosta no llamase a esos "grandes hombres" por el título profesional que con todo derecho ostentaban: el de médicos; fueron grandes médicos de sus culturas vernáculas.

Lastres (8) menciona que entre los letrados y togados que los españoles pedían a la Corona, en los primeros tiempos del Virreynato del Perú, no figuraban los médicos. Había otras prioridades. Los conquistadores se sentían muy bien servidos por los médicos aborígenes, quienes en muchos casos efectuaban más exitosos tratamientos que los sangradores y médicos bachilleres graduados en la metrópoli.

Felipe II encargó a su médico, el más famoso de la época, a Francisco de Hernández que viniese al Nuevo Mundo a verificar, por propios ojos, aquello sobre lo que tanto se hablaba y maravillaba: el conocimiento de los médicos aborígenes acerca de las virtudes de innumerables plantas. Y éstas resultaron ser en calidad muy superior a la imaginada, tanto que Hernández tuvo que llenar varios volúmenes con la descripción de más de 700 plantas, de México únicamente.

No es pues de admirar que los médicos de Malacatos hubiesen descubierto algunas propiedades farmacológicas de la cascarilla, cierto efecto antitérmico o febrífugo, algún efecto favorable contra el frío y la horripilación que se produce al subir hacia los páramos, posiblemente un efecto "anti—soroche", es decir preventivo del mal de montaña. Si admira en cambio, la perspicacia de haber ensayado la droga en el tratamiento del paludismo tan pronto el nuevo mal hizo su aparición por los valles de Loja. Y allí aparece, según cronistas (14) e historiadores (8, 15, 16) la gran figura del médico—cacique de Malacatos, don Pedro Leiva, el conocedor del secreto de la quina. No se sabe si fue precisamente él quien ensayó por primera vez la admirable droga en el tratamiento de la malaria, pero en todo caso era quien conocía esta virtud de la planta.

La ciudad de Loja, fundada, por segunda vez en 1548, por Alonso de Mercadillo, muy pronto adquirió gran importancia económica (10). En

★ Simples: Medicamentos puros una planta por ejemplo; en oposición a los "compuestos" que eran los favoritos en Europa.

traron que los médicos herbolarios aborígenes tenían grandes conocimientos sobre el uso medicinal de muchas plantas que obraban maravillas. Muy pronto los galeones transportaban hacia España no ya lingotes de oro y plata sino toneladas de plantas medicinales que se vendían a precio de oro. Toneladas de zarzaparrilla, de palo santo, de bálsamo del Perú y sobre todo de la famosa cascarilla. El padre José de Acosta, uno de los primeros y más célebres historiadores del Nuevo Mundo dice: "Sólo diré que en tiempo de los reyes ingas del Cuzco y de los reyes mexicanos, hubo muchos grandes hombres en el arte de curar con simples y hacían curas aventajadas, por tener conocimiento de diversas virtudes y propiedades de yerbas y raíces, palos y plantas que allá se dan y de las cuales ninguna noticia tuvieron los antiguos de Europa". ★ Es lástima que Fray José de Acosta no llamase a esos "grandes hombres" por el título profesional que con todo derecho ostentaban: el de médicos; fueron grandes médicos de sus culturas vernáculas.

Lastres (8) menciona que entre los letrados y togados que los españoles pedían a la Corona, en los primeros tiempos del Virreynato del Perú, no figuraban los médicos. Había otras prioridades. Los conquistadores se sentían muy bien servidos por los médicos aborígenes, quienes en muchos casos efectuaban más exitosos tratamientos que los sangradores y médicos bachilleres graduados en la metrópoli.

Felipe II encargó a su médico, el más famoso de la época, a Francisco de Hernández que viniese al Nuevo Mundo a verificar, por propios ojos, aquello sobre lo que tanto se hablaba y maravillaba: el conocimiento de los médicos aborígenes acerca de las virtudes de innumerables plantas. Y éstas resultaron ser en calidad muy superior a la imaginada, tanto que Hernández tuvo que llenar varios volúmenes con la descripción de más de 700 plantas, de México únicamente.

No es pues de admirar que los médicos de Mallacatos hubiesen descubierto algunas propiedades farmacológicas de la cascarilla, cierto efecto antitérmico o febrífugo, algún efecto favorable contra el frío y la horripilación que se produce al subir hacia los páramos, posiblemente un efecto "anti—soroche", es decir preventivo del mal de montaña. Si admira en cambio, la perspicacia de haber ensayado la droga en el tratamiento del paludismo tan pronto el nuevo mal hizo su aparición por los valles de Loja. Y allí aparece, según cronistas (14) e historiadores (8, 15, 16) la gran figura del médico—cacique de Mallacatos, don **Pedro Leiva**, el conocedor del secreto de la quina. No se sabe si fue precisamente él quien ensayó por primera vez la admirable droga en el tratamiento de la malaria, pero en todo caso era quien conocía esta virtud de la planta.

La ciudad de Loja, fundada, por segunda vez en 1548, por Alonso de Mercadillo, muy pronto adquirió gran importancia económica (10). En

★ Simples: Medicamentos puros una planta por ejemplo; en oposición a los "compuestos" que eran los favoritos en Europa.

sus cercanías existían minas de oro; de varios de los ríos, particularmente de los que iban hacia el Oriente, se extraían "pepitas" de oro de hasta más de una libra. Al decir de Fray Antonio (11): "Es la tierra más rica de oro que hay en todas las Indias". En 1567 la ciudad de Loja fue honrada con el título de "muy noble y muy leal" y se convirtió en la puerta de entrada a uno de los tantos "Dorados" que buscaban los españoles. Por Loja se pasaba para ir a Yaguarsongo, hacia Jaén y Mainas, zonas descubiertas y explotadas por el Capitán Diego Vaca de Vega.

Se ha convenido en fijar el año de 1630 como el año del descubrimiento de las propiedades terapéuticas de la quina para la civilización española y occidental. Por aquel entonces gobernaban la Real Audiencia de Quito, en lo civil, el octavo presidente, Dr. Antonio de Morga (12) y en lo eclesiástico el séptimo obispo, Fray Alonso de Santillán. La provincia de Loja estaba gobernada por Don Melchor de Peña Loza y la ciudad de Loja contaba con un Cabildo integrado por el corregidor, dos Alcaldes, Alguacil Mayor, Alférez Real, y otras autoridades (10). Las categorías inferiores se denominaban doctrinas, cofradías, ejidos y vaquerías. La doctrina de Malacatos, a su vez comprendía Vilcabamba, Yangana y San Bernabé, con no menos de 120 familias españolas. Malacatos, por el 1630, era zona de mucha importancia económica no sólo por su producción agrícola, cuanto porque era uno de los sitios de paso hacia las regiones orientales, hacia los lavaderos de oro, varios de los cuales pasaron a ser explotados por los Jesuitas a partir de 1640.

La ciudad de Loja, dada su riqueza, ocupaba el quinto lugar en el pago de diezmos y primicias, con la contribución de 340 pesos de oro por año, época en la cual Piura y Pasto sólo alcanzaban a pagar 290 pesos de oro.

La mayor parte de los valles y las mejores zonas agrícolas estaban divididas en 20 encomiendas en las cuales la población aborigen se había diezclado considerablemente, debido a la inmisericorde explotación a la que sometieron a los indios los famosos encomenderos. No es sitio este para entrar en mayores detalles, ni nuestro ánimo es ahondar eso que en España llamamos la "leyenda negra"; basta con la cita de la increpación lanzada por el Dominicano Antonio de Montesinos al decir: "¿Por qué sois contra aquellos indios desamparados? ¿No sabéis ni habéis visto y no dudais que hoy cada día les matan en las minas y los otros trabajos, con tanto olvido de humanidad que a las mismas bestias no pueden peor tratar?". Según nuestro protohistoriador el Padre Velasco (13), hacia 1660 habían muerto ya más de 44.000 indios. Por 1630, en la doctrina de Malacatos no quedaban sino al rededor de 100 familias obrerías.

Por aquella época desempeñaban la autoridad de Cacique, entre otros los siguientes: Francisco Vichay, en la zona de Sabanilla; Francisco Chigua, de la localidad Cerro de Airo, Juan Lanchamaza en la de Calanuma, Yucunuma y Palca (actual región de Catacocha), Alonso Pinza, de la zona del Valle y Guapamba.

La segunda mitad del siglo XVII registra la disminución o agotamiento de las minas y lavaderos de oro al paso que comenzó en forma inusitada la explotación de los árboles de cascarilla.

Muy pronto los bosques de Cajanuma y Uritosinga fueron talados. Cada indio de las encomiendas era obligado a trabajar en la explotación de la cascarilla. Debía entregar una arroba de cascarilla seca, por día. Inicialmente la explotación de la quina fue un monopolio de la corona de España, lo que motivó un enorme comercio clandestino, en base del cual se enriquecieron muchos encomenderos y otros comerciantes. En 1.660 el propio teniente general de Loja don Antonio Sánchez Orellana, fue acusado de contrabando de cascarilla.

Muy lejos estuvo Pedro Leiva de suponer que al revelar sus secretos sobre los milagrosos efectos terapéuticos de la cascarilla estaba condenando a mayor explotación a sus propios hermanos de raza. De la "fiebre del oro", se pasó muy pronto a la "fiebre de la cascarilla". Gallardo (10) dice: "Había ansiedad por conseguir cascarilla. Se reclutaban indios por todas partes. El peonaje era gratuito o mal remunerado y obligado a trabajar con el látigo del capataz. Se organizó el contrabando en casi toda la ciudad de Loja y se traficaba con las distintas clases de cascarilla". Según la denuncia presentada por don Gaspar Carguay y don Francisco Navarro, al fiscal de Quito licenciado don Juan de Peña Loza, el 9 de Febrero de 1.678, entre otros abusos se menciona el siguiente: "apremiaban a los indios para que les sirvan en las estancias del Yunga por fuerza y contra su voluntad por ser dichos parajes tan destemplados y calientes han muerto muchos indios en poco tiempo".

Hacia comienzos del siglo XVII Franciscanos y Dominicanos dominaban el ambiente religioso y gozaban de las correspondientes prerrogativas y privilegios en toda la provincia de Loja. Los jesuitas habían comenzado también su penetración en esa zona y habían avanzado por los ríos del Oriente y fundado la población de San Francisco de Borja, en 1.619.

Según Jaramillo Arango ((16), un padre jesuita, de nombre Juan López habría sido tratado de tercianas por el médico—cacique de Malacatos don Pedro Leiva. Poco tiempo después el corregidor de Loja don Juan López de Cañizares también enfermó del terrible mal. Este personaje, siguiendo las normas de la medicina europea de la época había sido sometido a sangrías repetidas, purgamientos y sinapismos y además había tenido que beber los más increíbles compuestos y pociones, no obstante, iba camino del sepulcro. El padre Jesuita habría intervenido en tales circunstancias, para afirmar ante el corregidor que él había sido curado de tercianas, gracias a un polvo preparado de alguna planta que le era conocida al cacique de Malacatos. Habría sido pues este

religioso quien presionó a López de Cañizares para que se sometiese al nuevo tratamiento. Agotados los recursos de la medicina oficial los familiares de López de Cañizares recurrieron entonces al último medio, a lo que hasta hoy recurre más de un paciente desesperado, cuando ya todo lo demás se ha agotado: al curandero, al brujo. Buscaron pues a Pedro Leiva y consiguieron que el célebre médico—cacique accediese a trasladarse a Loja para someter a su tratamiento al corregidor de la ciudad. De aquí en adelante, es ya historia bastante conocida, en algunos aspectos con errores, pero que también éstos han sido oportunamente rectificadas, en la mayoría de los casos.

Juan López de Cañizares curó como por arte de magia. Bastaron pocos días de beber una amarguísima poción que le administraba, diariamente, el médico indio para volver desde la tumba y sentirse como si nunca hubiese sufrido tan agotadora enfermedad. Juan López de Cañizares, poco tiempo después de su curación llegó a saber que el Virrey del Perú —y no la Condesa de Chinchón, como se repitió por muchos años— había enfermado de terciana. Solicito trató de auxiliar al Virrey. No es claro si fue él mismo o, de nuevo, a través del padre jesuita, que acudió ante el médico indio, ante su salvador, a rogarle la entrega del secreto. ¿Qué planta, qué corteza, qué poción es la que hace esos milagros?. Hay un gran personaje que va a morir, hay que salvarlo. Ya no era simplemente el pedido de atender a un enfermo, era la demanda de un conocimiento, de un secreto tribal.

Bastante habían conseguido los españoles con que don Pedro Leiva se trasladase a Loja, recorriendo kilómetros de sendero difícil y peligroso. Mucho fue que el médico herbolario devolviese la vida al moribundo, pero más fue todavía cuando poco tiempo después Juan López consiguió otro milagro: el que Pedro Leiva entregase su secreto.

No fue fácil que los españoles obtuviesen de los indios toda la información que se les antojaba. Muchos secretos fueron tan bien guardados que fue más fácil que les arrancasen la vida antes que una sola palabra. Años antes, Pedro de Osma, uno de los corresponsales del célebre médico de Sevilla, Nicolás Monardes (17), le había escrito: "Cuantas más yerbas y plantas de grandes virtudes semejantes a estas tendrán nuestras indias, las cuales no alcanzamos ni sabemos, porque los indios, como gente mala y enemiga nuestra, no descubrirán un secreto ni una virtud de una yerba aunque nos vean morir y aunque los asierre..." Monardes publicó en 1552 en tres interesantísimos libros sucesivos, lo que vendría a ser el primer tratado sobre medicina aborígen americana, bajo el escueto título de: "Historia Medicinal de las cosas que nos vienen de nuestras Indias Occidentales y que sirven para curar".

Cuánto habrá cavilado Pedro Leiva, cuánto habrá rogado Juan López; cuán buenos argumentos habrá esgrimido para convencer al hábil pero reservado médico. Al fin, Pedro Leiva cedió conscientemente. El afamado y respetado médico—cacique, debió haber entregado su secreto per-

religioso quien presionó a López de Cañizares para que se sometiese al nuevo tratamiento. Agotados los recursos de la medicina oficial los familiares de López de Cañizares recurrieron entonces al último medio, a lo que hasta hoy recurre más de un paciente desesperado, cuando ya todo lo demás se ha agotado: al curandero, al brujo. Buscaron pues a Pedro Leiva y consiguieron que el célebre médico—cacique accediese a trasladarse a Loja para someter a su tratamiento al corregidor de la ciudad. De aquí en adelante, es ya historia bastante conocida, en algunos aspectos con errores, pero que también éstos han sido oportunamente rectificadas, en la mayoría de los casos.

Juan López de Cañizares curó como por arte de magia. Bastaron pocos días de beber una amarguísima poción que le administraba, diariamente, el médico indio para volver desde la tumba y sentirse como si nunca hubiese sufrido tan agotadora enfermedad. Juan López de Cañizares, poco tiempo después de su curación llegó a saber que el Virrey del Perú —y no la Condesa de Chinchón, como se repitió por muchos años— había enfermado de terciana. Solícito trató de auxiliar al Virrey. No es claro si fue él mismo o, de nuevo, a través del padre jesuita, que acudió ante el médico indio, ante su salvador, a rogarle la entrega de secreto. ¿Qué planta, qué corteza, qué poción es la que hace esos milagros?. Hay un gran personaje que va a morir, hay que salvarlo. Ya no era simplemente el pedido de atender a un enfermo, era la demanda de un conocimiento, de un secreto tribal.

Bastante habían conseguido los españoles con que don Pedro Leiva se trasladase a Loja, recorriendo kilómetros de sendero difícil y peligroso. Mucho fue que el médico herbolario devolviese la vida al moribundo, pero más fue todavía cuando poco tiempo después Juan López consiguió otro milagro: el que Pedro Leiva entregase su secreto.

No fue fácil que los españoles obtuviesen de los indios toda la información que se les antojaba. Muchos secretos fueron tan bien guardados que fue más fácil que les arrancasen la vida antes que una sola palabra. Años antes, Pedro de Osma, uno de los corresponsales del célebre médico de Sevilla, Nicolás Monardes (17), le había escrito: "Cuantas más yerbas y plantas de grandes virtudes semejantes a estas tendrán nuestras indias, las cuales no alcanzamos ni sabemos, porque los indios, como gente mala y enemiga nuestra, no descubrirán un secreto ni una virtud de una yerba aunque nos vean morir y aunque los asierre..." Monardes publicó en 1552 en tres interesantísimos libros sucesivos, lo que vendría a ser el primer tratado sobre medicina aborígen americana, bajo el escueto título de: "Historia Medicinal de las cosas que nos vienen de nuestras Indias Occidentales y que sirven para curar".

Cuánto habrá cavilado Pedro Leiva, cuánto habrá rogado Juan López; cuán buenos argumentos habrá esgrimido para convencer al hábil pero reservado médico. Al fin, Pedro Leiva cedió conscientemente. El afamado y respetado médico—cacique, debió haber entregado su secreto per-

fectamente consciente de lo que hacía; convencido de que daba un paso en bien de los demás, convencido de que la recriminación de que sería objeto por parte de los otros médicos tribales o aún por los demás miembros de su comunidad, sería injusta, pues para él también el salvar una y luego muchas vidas era más importante que el resentimiento de su raza humillada. Leiva, al dar tan arriesgado y trascendental paso, se convirtió en uno de los más grandes benefactores de la humanidad, digno de figurar junto a Pasteur, a Koch, a Flemming. Pedro Leiva entregó pues sus conocimientos, su técnica, su experiencia y junto a todo esto una carga de cascarilla que el acucioso Corregidor mandó de inmediato, con correo especial, al antiguo palacio de Pizarro, donde fungía de Virrey un personaje muy escaso de salud en contraste a la abundancia de sus títulos, Don Jerónimo Fernández de Cabrera, Bovadilla, Cerda y Mendoza, IV Conde de Chinchón, Señor de Valdemoro y Casarubios, Alcalde hereditario, guarda mayor y Alférez Real del Alcázar de Segovia, Comendador del Campo de Criptana en la Orden de Santiago, tesorero general de la Corona de Aragón, gentil hombre de cámara de S.M. y de sus Consejos Reales y supremos de Aragón, Italia y de la Guerra, XIV Virrey del Perú.

Pese a las entusiastas afirmaciones de López de Cañizares acerca de las milagrosas curas que producía la cascarilla, ante la responsabilidad que implicaba tratar nada menos que al Virrey del Perú, su médico, Juan de la Vega, no se arriesgó a administrar de inmediato a su noble personaje la cascarilla llegada desde la lejana tierra de Loja. Fueron los padres Jesuitas del Colegio de San Pablo de Lima (17) los encargados de efectuar lo que hoy diríamos un ensayo clínico, al repartir gratuitamente polvos de la corteza, entre los pacientes pobres que sufrían de tercianas y observar los resultados, sobre todo si es que no se producían efectos tóxicos. Probablemente cuando el padre Calanche dice que los polvos "han hecho en Lima efectos milagrosos", se refiere a dicho primer ensayo masivo.

Mientras tanto el pobre Virrey agonizaba de tercianas y hasta de gota, según el diario de Suardo. Al tenor de dicho diario, el Virrey comenzó a sufrir de mal de Ixada, desde Enero de 1630, por lo cual le efectuó la primera sangría. Al año siguiente comenzó a sufrir de fiebres y su médico diagnosticó "tercianas". Convencido finalmente el Dr. Juan de la Vega sobre los milagrosos efectos de la cascarilla, se decidió a administrar la droga al noble personaje y en pocos días, de lo que era ya un moribundo que yacía en el lecho, resurgió un hombre con deseo de vivir y gobernar. No hay duda que el mortal trance por el que pasó el Virrey y su milagrosa cura pesaron en su ánimo y le movieron a impulsar los estudios médicos en Lima, a crear cátedras médicas y hasta a asistir a disertaciones médicas.

De entonces acá, a lo largo de tres siglos y medio, ¿cuántos millones de pacientes no deben su vida a la planta sudamericana y al olvidado médico ecuatoriano?

Cuántos se hicieron célebres, cuántos se volvieron famosos, cuántos se enriquecieron gracias a la quina, a la cascarilla, menos el que por mil títulos debía ocupar el primer puesto: Pedro Leiva.

La historia que no siempre es justa, se ha ocupado de un obscuro Condecito de Chinchón y hasta de sus dos esposas, por causa de la quina, pero apenas si registró el nombre de Pedro Leiva. Por la quina se hizo famoso el Cardenal Lugo, por la quina se hizo famoso, rico y noble un listo embaucador inglés de nombre Robert Talbot (19), por la quina adquirieron mayor renombre los sabios La Condamine, Jussieu, Ulloa, Ruiz y Pavón, Spruce, Mutis y Caldas y tantos otros; no obstante, el nombre de Pedro Leiva apenas si se salvó del olvido total.

Valga esta oportunidad tan memorable para mí, para evocar el nombre del más grande benefactor ecuatoriano.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

1. SUARDO, A. DE.: Diario de Lima. Lima, 1.935.
2. CALANCHA, A. FRAY.: Crónica Moralizada de la Orden de San Agustín. Impta. de Pedro Lacavallería, Barcelona, 1.638. (Edición hecha en Lima en 1.653).
3. BARBA, P.: Vera Praxis de curationis tercianae. Lovaina, 1.641.
4. BADO, S.: Anastasis, Corticis Peruviane, Sev. China Chinar Defensio. Génova, 1.663.
5. PARDAL, P.: Medicina aborígen Americana. Anesis, Buenos Aires, 1.937.
6. MAJOR, R.H.: Storia della medicina. Sansoni, Florencia, 1.959.
7. NARANJO, P.: Ayahuasca, religión y medicina. Ed. Universitaria. Quito, 1.970., 174 pp.
8. LASTRES, J.B.: Historia de la Medicina Peruana. Volumen I y II Imprenta Santa María Lima, 1.951.
9. HERNANDEZ, F.: Historia Natural de la Nueva España. En Obras Completas de Francisco Hernández. Tomo II (Vol. I) Universidad Nacional de México, 1.959.
10. GALLARDO, H.: Paltas, Incas y Viracochas. Loja, 1.920.

- 11.—ANTONIO, FRAY (CARMELITA DESCALZO): Compendio y descripción de las Indias Occidentales, 1.644.
12. GONZALEZ—SUAREZ, F.: Historia del Ecuador. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1.969.
13. VELASCO, J., DE: Historia del Reino de Quito, La Historia Natural. Tomo I, Parte I, 304 pp. Ed. "El Comercio", Quito, 1.946.
14. PALMA, R.: Tradiciones peruanas Tomo I. Lima, 1.872.
15. ARCOS, G.: Evolución de la Medicina en el Ecuador, Anales de la Univ. Central del Ecuador. N° 306: 967, 1299, 1.938.
16. JARAMILLO ARANJO, J.: Estudio crítico de los hechos básicos de la Historia de la quina. Anales de la Sociedad Peruanas de Historia de la Medicina. Lima, 1.948 — 1.949.
17. MONARDES, N.: Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales y que sirven para curar. Sevilla, 1.665
18. LORENZO—VELASQUEZ, B.: Farmacología y Terapéutica. Madrid, 1.973.
19. KREIG, M.B. Green Medicine, 336 pp. Rand McNally & Company Skokil, Illinois, 1.964.